



## LA ENSEÑANZA ESCOLAR DE LA RELIGIÓN EN EL MOMENTO ACTUAL

AURELIO FERNÁNDEZ

### INTRODUCCIÓN

La enseñanza de la Religión en la Escuela conlleva numerosos problemas anejos. La complejidad de esta disciplina académica se presenta, al menos, a tres niveles. En primer lugar, es preciso justificarla en el ámbito legislativo, pues la asignatura de Religión no siempre goza del estatuto jurídico adecuado. También encierra no pocos problemas la exposición oral en el aula, dado que a los conflictos normales —hoy especialmente deteriorados— de la enseñanza escolar, la Religión tiene el inconveniente añadido de ser una disciplina especial, pues compromete la vida personal del alumno y, académicamente, es una asignatura secundaria. Y entre estos dos extremos —lo jurídico y la praxis— se abre otra área de dificultades: la influencia que ejerce la cultura de cada época sobre los contenidos de la fe.

En efecto, en la Religión confluyen todos los problemas que suscita la cultura de cada tiempo, y en el nuestro es tan pluriforme y nueva que incluso resulta difícil interpretarla. De hecho, hoy se tiene la convicción de que la cultura actual no facilita, más bien dificulta, la enseñanza académica de la Religión.

Pero esta amplia temática en torno a la enseñanza académica de la Religión no es nueva ni exclusiva de España, pues actualmente se debate también en otros países de Europa. Por ello, no conviene detenerse demasiado en analizar la situación española a ciertos niveles, dado que quizás en la ambigüedad jurídica que la regula —junto con la consiguiente devaluación académica— y en la dificultad de su presentación en el aula sale bien parada si se la compara con las dificultades que tienen otras naciones en esos mismos ámbitos.

Pues bien, dado que el primer problema no está en manos de la institución escolar y el último queda al buen hacer de los profesionales del aula, aquí nos fijamos exclusivamente en las dificultades que suscita la enseñanza religiosa escolar en el momento cultural de nuestro tiempo. Previamente analizamos la situación académica actual. Como objetivo último ofrecemos algunos puntos que pueden facilitar la mejora de la asignatura de Religión en esta nueva etapa que se abre con la *Ley de Ordenación General del Sistema Educativo* (LOGSE).

## I. BREVE ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN

En los momentos actuales, con ocasión de la introducción de la LOGSE, se percibe la necesidad de comenzar una «nueva etapa» que afronte la enseñanza de la Religión en la escuela sobre bases más firmes y rigurosas. Se busca también una mayor eficacia en la formación cristiana de los alumnos en orden a su mejora personal y a la influencia que, como creyentes, deben ejercer en la vida social.

He aquí algunos datos que, ante la complicada situación cultural de nuestro tiempo, muestran la necesidad de iniciar esta «nueva etapa»:

1. La ignorancia religiosa es un hecho cada vez más generalizado en la sociedad y, lógicamente, se manifiesta también en las familias que envían sus hijos aun a la enseñanza privada sin excluir los colegios religiosos.

2. No pocas familias han dejado de ejercer como institución educadora de la fe, dado que ellas mismas no son practicantes. Muestra de ello es que un tanto por ciento no reducido de familias que se confiesan creyentes llevan un género de vida ajeno a las normas morales cristianas. Según estadísticas fiables, sólo practican el 29% de los españoles que se confiesan cristianos. Y no pocos practicantes se muestran ajenos a algunas creencias y valores éticos del Credo católico.

3. Se constata la influencia creciente de los medios de comunicación social, en especial de la televisión, que difunden sobre las familias y sobre los alumnos ideas y comportamientos neopaganos. En ocasiones presentan los valores cristianos como cultura ya superada y represiva de la libertad. No es raro que se interprete como «moderno» lo que es pagano. Tal es el caso, por ejemplo, del divorcio o de los juicios que se emiten sobre el uso de la riqueza, acerca de la conducta en la vida sexual y familiar, etc.

4. Ante tal estado de cosas, la enseñanza de la religión es aún más urgente, pues, además de perseguir la formación cristiana de los alumnos católicos, es preciso que les prepare para un apostolado de la doctrina en la convi-

venencia social y, especialmente, entre los futuros profesionales. De este modo, los actuales alumnos colaborarán eficazmente en el futuro a la «nueva evangelización», tal como piden el Papa y los obispos. Por ello, en esta «nueva etapa» no es suficiente ilustrar su fe; tampoco basta con inmunizarlos contra los errores actuales, sino que es necesario prepararlos intelectualmente con un conocimiento adecuado y operativo de la fe católica para que sean testigos del Evangelio en una sociedad que en muchos aspectos se declara poscristiana.

5. Finalmente, se da una circunstancia coyuntural de gran importancia para este nuevo impulso: la aplicación de la Reforma Educativa de la LOGSE que entraña nuevas exigencias —y ventajas— en orden a la actualización de programas y métodos de enseñanza, con la consiguiente necesidad de una puesta al día y una mayor profesionalización del personal docente.

En este trabajo —como se señala en la introducción— no se tienen en cuenta las dificultades reales que condicionan la asignatura de Religión en la legislación actual en España. Es evidente que la devaluación académica de esta disciplina influye notablemente en la importancia que los alumnos le otorgan. Pero esta grave condición no está en manos del centro ni de los profesores el solucionarla. Por ello atendemos sólo a las posibilidades que encierra la Religión como asignatura, tal como está legislada. De modo preeminente tenemos a la vista los centros públicos o de titularidad privada que valoran y buscan la formación religiosa de los alumnos, especialmente los colegios confesionales o aquellos otros que declaran que su ideario educativo es la concepción cristiana de la vida. Pero antes es preciso hacer la radiografía de la situación actual de la Religión en los centros escolares.

## II. LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN EN LOS CENTROS EDUCATIVOS

Aunque no deben hacerse excesivas generalizaciones, pues la situación de la enseñanza de la Religión es distinta en cada colegio en función de múltiples factores, no obstante puede afirmarse que se dan en el común de los casos —incluso en los centros confesionales— una serie de constantes que clasificamos en los siguientes apartados:

### 1. *En relación con los profesores*

— En los primeros cursos de Primaria, la enseñanza tiene un carácter muy globalizador por lo que el maestro/a de cada curso es quien está mejor

capacitado —siempre que se trate de una persona con buena doctrina— para transmitir con una pedagogía eficaz los contenidos propios del área de Religión. Cuando a este maestro/a le sustituye un «profesor especialista» de Religión, la experiencia indica que los resultados son casi siempre menos positivos.

— Muchos profesores se quejan de que los alumnos les llegan de los cursos anteriores con notables lagunas. Este hecho no hace sino confirmar la necesidad de un trabajo mejor coordinado entre todos los profesores de Religión del centro, partiendo de una buena secuenciación de objetivos y contenidos para cada curso.

— La enseñanza de la Religión suele tener un carácter menos profesional que la de otras asignaturas, convirtiéndose en ocasiones en algo parecido a unas charlas de formación y en otras se deja al arbitrio del gusto de los alumnos que eligen los temas que les interesa «debatir». Con frecuencia se echa en falta: una preparación más seria de las clases; un conocimiento más sólido de los temas tratados (especialmente, antes en BUP y COU y actualmente en ESO y Bachillerato); una metodología más atractiva y participativa, etc. De hecho, se tiene la impresión de que no se ha sabido sacar todo su «teórico» potencial formativo a las clases de Religión.

— Los profesores, por los motivos apuntados, carecen de verdadera ilusión y motivación ante estas clases. Con frecuencia caen en la rutina y en la improvisación, sin metas claras de carácter profesional que les impulsen a realizar una labor ilusionada con afán de renovación y de superación.

— Todo lo anterior se puede resumir en que, salvo algunas excepciones, los profesores de Religión no son verdaderos profesionales de la Enseñanza Religiosa Escolar. No disfrutan dando las clases de Religión, quizás porque se encuentran más vacilantes que en sus respectivas licenciaturas, con una falta de seguridad que se basa en la íntima convicción de no estar haciéndolo demasiado bien, y sin mucha confianza en que esa situación pueda mejorar en un futuro próximo.

## 2. *Respecto a los alumnos*

— La actitud de los alumnos ante las clases de Religión en los dos primeros ciclos de Básica, en los centros confesionales, suele ser bastante positiva, sobre todo cuando se encuentran ante un profesor buen profesional, con ilusión por su trabajo y conocedor de las técnicas pedagógicas adecuadas a estos alumnos.

— En los alumnos entre los 12 y 14 años comienza a detectarse ya una clara falta de interés y de motivación hacia las clases de Religión cuando éstas no se plantean adecuadamente. Los alumnos en la edad de la preadolescencia,

consciente o inconscientemente, reclaman un enfoque de las clases que tenga muy en cuenta la psicología de este período y el desarrollo de los temas más cercanos a sus vidas y preocupaciones.

— La dificultad aumenta con los alumnos mayores (14-18 años), los cuales aparecen muy desmotivados. Cuando se les pregunta por las razones de esta actitud ante la clase de Religión, sus respuestas suelen ser: las clases carecen de interés, nos vuelven a repetir lo de siempre, no se tratan temas de actualidad, no se dan respuestas serias, profundas y razonadas a nuestros interrogantes en relación con la fe y la vida moral, etc.

— Por otra parte, no pocos textos de Religión —en especial los de BUP y COU y algunos de ESO y de Bachillerato— resultan unos poco atractivos, excesivamente amplios y farragosos para los alumnos, y otros tan simples y «light» que desdichan de una enseñanza escolar rigurosa. En estos casos, tales libros de texto para los profesores representan más un escollo que una verdadera ayuda pedagógica.

— No seríamos sinceros si no inculpásemos aquí de la falta de eficacia en la enseñanza de la Religión a los programas oficiales. En efecto, ya desde la etapa que precede a los cuatro volúmenes del Catecismo *Con vosotros está* (1976) —¡incluido también aquel efímero proyecto!—, los programas anteriores a la LOGSE, bien se considere el conjunto y enunciado de los temas o las «Bases de programación» a las que debían ajustarse los autores y la bibliografía que se proponía como punto de referencia, era todo muy deficiente. Éste es un capítulo que merecería un sincero examen.

### 3. *En relación con la Dirección del centro*

Son pocos los Comités Directivos o Juntas de Gobierno de los centros que se hayan propuesto como un objetivo importante la mejora profesional de las clases de Religión. Quizás esté aquí la principal razón por la que esta asignatura todavía se considera como una «maría» entre los alumnos y profesores. Algunas muestras de esta falta de interés son las siguientes:

— En muy pocos centros funciona de hecho y con un mínimo nivel de eficacia el Departamento o Equipo Técnico de Religión.

— En algunos colegios la asignatura de Religión depende del Coordinador de Orientación y no del Docente, con lo que el carácter de asignatura fundamental queda muy limitada al no aplicársele con todo rigor los criterios de programación y evaluación de las otras asignaturas.

— Con frecuencia, a la hora de determinar los horarios de las clases antes de comenzar cada curso escolar, las clases de Religión se utilizan como una especie de comodín para rellenar huecos. No se tiene así en cuenta que, al impartirse solamente dos horas semanales (en algunos centros públicos sólo una hora a la semana), esta asignatura está en inferioridad de condiciones respecto de otras y sólo situándola bien en el horario podrá ser eficaz la labor del profesor.

— También sucede frecuentemente que los profesores de Religión no lleguen a dominar bien su asignatura. La razón es que cambian de curso año tras año, por lo que no imparten en todos los cursos la misma materia.

— La biblioteca básica y la inversión en material didáctico para las clases de Religión (por ejemplo, vídeos) suele ser en general muy pobre.

En resumen, cuando este análisis negativo responde a la realidad del centro escolar, podemos avanzar *unas primeras exigencias*:

a) Es imprescindible que los Comités de Dirección pongan los medios para que la asignatura de Religión sea considerada a todos los efectos como una de las materias fundamentales del curriculum, y que esta decisión se manifieste en potenciar el funcionamiento de los Departamentos y Equipos Técnicos de Religión, en la formación del profesorado, en la distribución de las clases, en los horarios, etc.

b) Como la tarea de los profesores es el factor esencial para lograr una mejora en la eficacia de estas clases, se ve necesario ilusionar al profesorado de Religión, al mismo tiempo que se le ofrece la formación continuada necesaria para que esté en condiciones de impartir sus clases con un buen nivel profesional.

c) Es preciso que los profesores sean mejores conocedores de las características de los alumnos de cada etapa, de modo que estén en condiciones de utilizar con ellos los métodos pedagógicos más adecuados y que más les motiven.

d) Se precisan, especialmente para los alumnos medianos y mayores (12 a 18 años), nuevos libros de texto preparados según la línea educativa de la LOGSE, con una carga doctrinal y pedagógica más atractiva y motivadora para los alumnos.

### III. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA CULTURA ACTUAL QUE CONDICIONAN Y DIFICULTAN LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN EN LOS CENTROS ESCOLARES

De acuerdo con el objetivo de este artículo, es preciso tener a la vista los cambios culturales y las sensibilidades de los alumnos. Es evidente que, en

general, la situación cultural de nuestro tiempo dificulta la enseñanza de la Religión en la escuela. En efecto, la llamada «cultura moderna» —al menos la que se ofrece como tal— se diferencia notablemente de otras épocas aún no muy lejanas. Además es paradójica y difícil de comprender cuando se contempla con la lente de la cultura pasada, incluso de la inmediata anterior, pues en muchos aspectos se presenta como una ruptura con el pasado, hasta negar la evidencia de lo que se denomina el «patrimonio cultural». Por ello no es fácil presentar un esquema breve, claro y objetivo de las principales características de la cultura actual que condicionan y obstaculizan —o en ocasiones facilitan— la comprensión del factor religioso, porque sus líneas de fuerza se cruzan y se condicionan mutuamente. Es cierto que muchos profesores, sin formularlas, son conscientes de estas nuevas condiciones culturales de nuestro tiempo, si bien tampoco ellos sabrían interpretarlas de modo unívoco.

Conviene advertir que no pocas veces los errores culturales se generalizan por cuanto están en sintonía con cierta sensibilidad de la época, que o bien no es correctamente interpretada o se suscita por la publicidad con que se ofertan ciertos valores no cristianos. Aquí hacemos referencia a los datos más negativos, por cuanto son los más extendidos a nivel popular y por ello ejercen una influencia mayor en la adolescencia.

No obstante, sin quitar importancia a los datos negativos, también se deben tomar en consideración otros aspectos positivos de la cultura actual. Por ejemplo, la valoración de la dignidad de la persona, el sentido de la virtud de la justicia, la sensibilidad ante la conculcación de los derechos del hombre, la condena del deterioro de la naturaleza o la defensa de la paz, la profesión tan extendida de solidaridad e incluso la solicitud por conservar y recuperar ciertas formas de vida que se consideran irrenunciables para una existencia eminentemente humana, etc., son valores muy positivos que deben destacarse en la formación de la vida cristiana de los alumnos. No todo en la cultura actual es destrucción del pasado, también se extiende la convicción de que es necesario recuperarlo y mejorarlo. Por ello también es preciso eliminar esa especie de «retromanía», de nostalgia de formas de vida de épocas pasadas. En todo caso, a favor o en contra, es evidente que la mediación cultural ejerce siempre una gran influencia sobre todos los ciudadanos, pero especialmente en la adolescencia y en la juventud.

Con todas las reservas, se pueden destacar algunas características negativas de la multiforme cultura moderna, pensando sobre todo en los aspectos que hay que tener en cuenta en la formación religiosa que se debe impartir en el Aula. En un intento de síntesis, aquí consignamos el siguiente «decálogo»:

## 1. *Positivismo cientifista*

El desarrollo de la civilización contemporánea está vinculado al progreso científico-tecnológico que con frecuencia presenta características marcadamente positivistas. Y, aunque en la actualidad esté en crisis la «fe ciega» en la ciencia —tal como se profesaba en épocas aún cercanas—, sin embargo pervive el positivismo cientista, que concibe al hombre como historia y evolución. Como se sabe, el positivismo produce como fruto el agnosticismo, ya que, según aquél, el hombre es incapaz de afirmar con certeza ninguna verdad que no sea alcanzada a través de un proceso científico, es decir, que se constate en el orden experimental.

El positivismo ha llevado a la crisis de la metafísica y, por tanto, a la negación de que la razón del hombre pueda afirmar algo acerca de Dios.

Este estado se manifiesta en la sensibilidad de nuestros jóvenes, pues ellos también participan de esa mentalidad: aún, a su pesar, buscan en la religión razones tan convincentes como las que aportan las ciencias experimentales y encuentran grandes dificultades para aceptar aquellas verdades «que superan todo conocimiento» (*Fil* 4,7). Una convicción de nuestro tiempo es identificar «verdad» con «certeza», ignorando que existen verdades de las que no cabe demostrar de modo apodíctico, y, al contrario, se toman como presuntas «certezas» algunas realidades que ni siquiera alcanzan la categoría de «verdad».

## 2. *Racionalismo*

Converge aquí un doble fenómeno: por una parte, el *positivismo* demanda que las verdades religiosas tengan la misma «racionalidad» que las ciencias experimentales y, por otra, se rehuye «pensar», se descuida la «reflexión» y aún más se duda de la razón. Es claro que en nuestro tiempo existe una evidente crisis de racionalidad.

Es un dato constatado que a la cultura actual apenas le interesa la «verdad» y hace muy poco uso de la «razón». La definición del hombre como «animal racional» no goza de la simpatía de un amplio sector de la cultura de nuestro tiempo. Este hecho es grave, no sólo porque se desestima la importancia del saber racional, sino porque significa un vuelco de lo que constituye la cultura de Occidente, caracterizada por la búsqueda y el amor a la verdad. Este error es más grave, por cuanto sectores del llamado «posmodernismo» afirman que no existe una «razón canónica», es decir, que la razón no es capaz de conocer la realidad, por lo que, según dictaminan estos defensores del «pensamiento débil», no es posible alcanzar una *verdad universal y objetiva*.



Estas sensibilidades se dejan sentir en los adolescentes. De hecho, nuestros alumnos tienen poca capacidad de reflexión —piensan poco— y a algunos no les interesa demasiado «conocer la verdad». Es decepcionante oírles, cuando se les invita a que reflexionen, que no quieren que se les «coma el coco». Pues bien, la enseñanza de la Religión tropieza con esa dificultad, y sin embargo es la asignatura que más puede ayudarles a amar la verdad y a valorar la importancia de la razón, puesto que participa del saber teológico que toma origen en la fe, la cual demanda una comprensión («fides quaerens intellectum»).

### 3. *Relativismo historicista*

Nuestra sociedad está dominada por una amplia dosis de historicismo relativista tanto en el ámbito del pensamiento como en las conductas personales. En efecto, el «relativismo» abarca, al menos, tres ámbitos: *la realidad* (crisis de la metafísica); *la verdad* (crisis de la gnoseología) y *los valores éticos* (crisis de la moral).

El relativismo conlleva un generalizado desinterés por la verdad objetiva. Por ello se apela tan frecuentemente a la propia opinión («yo pienso», «a mí me parece»), se pone de moda el gusto por lo irracional, reverdecen las viejas supersticiones y se defiende un marcado relativismo en la vida moral. Esta situación cultural exige un mayor esfuerzo en la formación intelectual de los cristianos. Demanda que se explique con rigor qué es la verdad objetiva y que se subraye la capacidad del hombre para alcanzarla. Es necesario potenciar en la educación la *reflexión*, la *argumentación* y el *análisis para adquirir madurez y criterio*, que aleje todo riesgo tanto de *fideísmo* como de *fundamentalismo*.

### 4. *El concepto tópico de libertad sin límites*

El relativismo lleva a un empobrecimiento del concepto de libertad, que se valora en un sentido más bien cuantitativo: la gente no se plantea tanto «qué debo hacer», sino «cuántas cosas puedo hacer». Por eso, se estima como «represiva» la capacidad de poder hacer menos cosas, o no poder hacer todo lo que se desee o apetezca. En la actual coyuntura la libertad es uno de los temas más acuciantes para construir a fondo un sentido ético de la vida, porque se defiende una indeterminación absoluta de los comportamientos.

Asimismo, es normal separar «libertad» y «responsabilidad», siendo así que ambas —si bien es cierto que se distinguen—, se implican mutuamente por lo que no deben separarse: *no cabe una libertad irresponsable*. Ahora bien,

algunos teóricos entienden la libertad como irresponsabilidad; es decir, se defiende la libertad «de» y no la libertad «para».

Otro error en torno al concepto de libertad es el denunciado por Juan Pablo II: entender la libertad independientemente de la «verdad» y del «bien» (VS, 31-34). De este modo, se absolutiza la libertad y se la constituye como fuente principal de los valores morales. Por eso se crean falsos y frecuentes conflictos entre libertad y norma (VS, 35-45).

### 5. *El «bien» entendido como placer o como utilidad*

La mentalidad secularizada y consumista centra la vida humana en la búsqueda del placer, entendido como satisfacción de las dimensiones materiales de la existencia, al margen y en contra de los valores morales, espirituales y sobrenaturales. El gusto por lo placentero va unido a un gran predominio de lo sentimental y a lo que suele llamarse «permisivismo». La situación cultural es tal, que se llega a que los valores se entiendan como simple «utilidad».

En esa confusión entre placer y felicidad, se llega a entender el «bien» como «placer». De este modo, la búsqueda del placer es el clima que fomenta la sociedad consumista, que tantos males ocasiona a la juventud al momento de exigirse en el estudio, en la vida ascética, en el compromiso por una acción positiva en la convivencia, etc. Todo ello tiene una íntima relación con múltiples cuestiones antropológicas y éticas referidas a la familia, a la sexualidad, a la demografía, etc., que, a su vez, se reflejan directamente en la vida social y en la concepción de la política, etc.

### 6. *Los imperativos de la «ética civil»*

En los últimos años cobra nueva fuerza un agresivo laicismo, que niega toda autoridad a la Iglesia y que intenta erradicar los contenidos religiosos y morales de la vida. En el mundo laico se insiste en la «ética civil», que profesa unos contenidos éticos mínimos, con amplia tolerancia social —«todo vale»— y con plena autonomía del individuo —«hago lo que me apetece»—. En el ámbito religioso se niega a la Iglesia la capacidad de emitir juicios éticos sobre algunos aspectos de la convivencia social y se llega a pensar que la religión, con sus verdades y dogmas, se presenta como un peligroso enemigo al que hay que rechazar: es un intruso irreconciliable con la pacífica vida civil. En consecuencia se rechaza la moral cristiana por intolerante y se pretende sustituirla por una ética consensuada democráticamente por la mayoría del voto.



Contra el laicismo ético es preciso afirmar que la Iglesia, ante el vacío moral de nuestro tiempo, no se opone a que la sociedad proponga un código de conducta que evite el amoralismo social. Pero advierte que no puede ser una «ética de mínimos»: no debe cercenar las exigencias que marca, al menos, la *Declaración de los Derechos del Hombre*, formulados por la ONU. Al mismo tiempo, los creyentes no pueden menos de ofertar la moral cristiana, porque están convencidos de que el mensaje moral del Nuevo Testamento responde a la vocación natural del hombre.

Además, la Iglesia invita a los creyentes a que alcancen convicciones profundas de vida cristiana con el fin de que se proyecten en la existencia diaria. Asimismo no deja de recordar el sentido social de la creencia religiosa, así como el papel que desempeña la Iglesia en la fe personal de los cristianos y en la sociedad.

## 7. *Individualismo*

La marcada actitud individualista de nuestro tiempo implica en buena parte lo dicho hasta ahora: es consecuencia lógica de algunas sensibilidades subrayadas en los apartados precedentes. Pero existe una evidente paradoja que no es fácil interpretar, pues, por una parte, un amplio sector de nuestro tiempo profesa la tesis de la prioridad del Estado y de la sociedad sobre la persona y en otro sentido se establece un individualismo con el fin de evitar cualquier intento de deshumanización de la persona y de la sociedad.

De hecho, se afirma con fuerza la dialéctica «persona-institución», con la consiguiente crisis de autoridad, también en el ámbito religioso. Para algunos lo «auténtico» es la insumisión, que tantas facetas presenta en la sociedad actual. Con el fin de superar el individualismo, es preciso redescubrir y relanzar el verdadero sentido del bien común, fundado en la dignidad de la persona humana y en la virtud de la solidaridad. Frente al «individualismo» se impone el «personalismo» rectamente interpretado y eficazmente vivido.

## 8. *La influencia de la cultura laica*

Este movimiento laicista se desarrolla en un doble segmento: un sector minoritario —pero muy significativo e influyente— que impugna las creencias cristianas y otro más amplio que ejerce un influjo directo y continuado —siempre negativo— sobre toda la sociedad. El peligro de este laicismo cultural es la concepción de la existencia humana arreligiosa, y ofrece unos valores éticos ajenos al sentido cristiano de la vida, dado que, además de propugnar una axiolo-

gía averiada identifica «valor» con «utilidad». He aquí el papel que juegan estas dos versiones laicistas:

a) *El laicismo beligerante*

Se constata a diario que un sector del laicismo cultural se presenta combativo frente a la concepción cristiana de la existencia. Es posible que este sector no tenga excesiva influencia sobre los alumnos jóvenes. No obstante, la exposición escolar de la Religión —como se dice más abajo— debe tener a la vista estas impugnaciones, con el fin de ofertar a los alumnos los argumentos precisos que anulen los efectos de esos ataques a la fe.

La clase de Religión ha de enseñar a los alumnos a «pensar». Debe estimular en ellos el sentido crítico frente al error, tiene que infundirles el amor a la verdad y ha de ayudarles a adquirir y desarrollar la capacidad de raciocinio a partir de datos reales del cristianismo entre los cuales destaca el hecho histórico de la Persona de Jesús y de sus enseñanzas. A todos, pero de modo especial a los practicantes, se les ha de hacer ver el papel insustituible de la Iglesia como garante de la verdad cristiana.

Frente a la concepción laica y al estilo de vida que ofrece esta corriente ideológica, el cristiano tiene que reaccionar con la seguridad de que tanto las enseñanzas del Evangelio como el mensaje moral propuesto por Jesús superan con creces a cualquier ideario laico y al programa ético que oferten esas ideologías negadoras de la vocación trascendente del hombre. Además, la historia constata que tales sistemas de pensamiento lesionan su dignidad y, a la larga, siempre le ha pasado a la humanidad una factura impagable.

b) *El laicismo cultural*

Una influencia más extensa la ejerce la situación cultural secularista que aflora de continuo en los más variados aspectos de la vida, tanto en los juicios como en las soluciones que se ofrecen, así como en los valores éticos que ensalza. Un ejemplo práctico es el repetido anuncio que oferta «Cien razones para dejar la droga». En él no aparece motivo alguno trascendente y menos aún religioso. Sólo se alude a razones fútiles y nada estimulantes para quienes se encuentran en tan lastimosa situación, como son: «salvar las ballenas», el «chocolate con churros», las «fresas con nata», el «nuevo escándalo de Madona»... Esta frivolidad cultural laica es el ambiente en el que se desarrolla la vida de un buen número de adolescentes.

Para contrarrestar los efectos de la cultura secularizada, la clase de Religión ha de ofrecer a los alumnos un esquema y una interpretación más profundos y reales de la vida humana, pues sólo la apertura a la trascendencia relativiza el eco de esa eficacia inmediata que proclama la cultura secular, plegada a la utilidad y a las satisfacciones cercanas a la existencia diaria. En concreto, respecto a las razones que se ofrecen como eficaces en orden a «desengancharse de la droga», debe quedar patente a los alumnos que las conductas que conllevan ese riesgo no se practican por quienes tienen un concepto trascendente de la vida y, en caso de claudicar ante el mal, sólo se superan —además del recurso a la ciencia médica— con la ayuda de Dios y acudiendo a medios sobrenaturales.

### 9. *La falta de práctica religiosa en las familias*

Tal como se constata más arriba, es un hecho que el descenso de la práctica religiosa en no pocas familias católicas posibilita que, ya desde niños, los alumnos tampoco practiquen y que falten con frecuencia al culto eucarístico semanal. Ello conlleva no sólo el mal ejemplo de los padres, sino que hace que no valoren suficientemente la práctica religiosa, pues se deja ocasionalmente por cualquier motivo y en largos períodos de modo habitual porque los finales de semana y en vacaciones se desplaza la familia a algún lugar de descanso o de recreo. Las últimas estadísticas sobre la práctica religiosa dominical de las familias creyentes ha disminuido con influencia muy negativa para la vida de piedad de los alumnos.

Ahora bien, la enseñanza de la Religión no puede tener el éxito esperado si se separa de la práctica religiosa del alumno, pues es evidente que las ideas expresadas en el aula tienen eficacia en la medida en que la doctrina se convierte en vida. En efecto, el alumno que no practica está como inmunizado para prestar atención a las ideas.

En este sentido, la clase de Religión ha de despertar un especial interés en mostrar a los alumnos que la religión no es sólo una teoría, sino que influye directamente en la vida, con lo que se subraya el aspecto práctico de las creencias, superando así el prejuicio de que la religión es sólo una simple teoría o un asunto puramente individual y privado.

### 10. *El deterioro moral de la sociedad*

A distintas instancias se constata que la sociedad actual padece una crisis de vida moral. No sólo la denuncian los eclesiásticos, sino que los representan-

tes más cualificados de la vida social: políticos, economistas, sociólogos, filósofos, educadores, etc., acusan de continuo que la cultura de nuestro tiempo padece un gran déficit de valores éticos.

Esta situación in-moral —en ocasiones es ya de *a-moralidad*— se deja sentir en los diversos estamentos de la vida social. Es un hecho que también los alumnos experimentan esas deficiencias éticas: ellos se suman a esa masa de adolescentes que velan las noches de los finales de semana, adelantan y trivializan la vida sexual, engrosan el número de los adictos al alcohol y, según las estadísticas, no pocos adquieren ya desde muy jóvenes experiencia del consumo de algún tipo de drogas.

Es evidente que en el deterioro moral juegan un papel decisivo los diversos medios de comunicación, especialmente cierto tipo de prensa y sobre todo algunos programas de la televisión, que presentan un estilo de vida totalmente ajeno al Evangelio. Pues bien, la clase de Religión no sólo ha de mostrar la banalidad de la existencia humana ajena a los imperativos éticos, sino que debe ofrecer razones críticas para contrarrestar la influencia nociva de los medios de comunicación social. En concreto, la importancia de la vida moral se ha de poner de relieve a estos dos niveles:

a) En especial a los más débiles en la fe, se ha de subrayar que el individuo no puede seguir las modas culturales cuando éstas degradan la dignidad del hombre. Precisamente la «personalidad», a la que aspira cualquier adolescente, debe imponerse frente a las arbitrariedades del hombre-masa. Heidegger define a quien se deja llevar por la corriente como el individuo que lleva una «existencia inauténtica», frente a la «existencia auténtica», propia del que guía su conducta sin prestar atención a los eslóganes del impersonal «se dice» o «se hace».

b) En relación a los creyentes, ha de quedar patente que la fe se ventila no sólo en las creencias, sino que demanda también un estilo de vida de acuerdo con lo que se cree. Como se subraya en el n. 7 del siguiente *Apartado*, no cabe separar la fe de la moral, pues el mensaje cristiano incluye e integra como realidades íntimamente unidas e inseparables el dogma y la moral.

#### IV. ALGUNOS ASPECTOS QUE HAN DE CUIDARSE EN LA EXPOSICIÓN DE LA ENSEÑANZA RELIGIOSA ESCOLAR

Sin la pretensión de ser exhaustivos, a estos problemas enunciados, cabe añadir este otro «decálogo» de cuestiones que han de tenerse a la vista con el fin

de superar esas dificultades culturales señaladas en el Apartado anterior. Si se alcanzan, se puede lograr una educación cristiana adecuada al momento presente.

### 1. *Tres ámbitos diversos de exposición de la fe*

Sigue teniendo validez permanente la distinción entre «evangelización», «catequesis» y «enseñanza religiosa escolar». En efecto, a distinto plano, la Iglesia «evangeliza» cuando propone el mensaje cristiano concretado en el anuncio de la Persona de Jesús —¡Él es el único salvador! (*Hech 4,12*)— y en la proclamación de su doctrina. Por su parte, la «catequesis» va dirigida directamente a la intimidad de cada individuo, tiene un aspecto más vivencial y el lugar más propio de exposición es la familia y la parroquia. Por el contrario, la «enseñanza religiosa» tiene su ámbito específico en la Escuela y se caracteriza por su condición intelectual y académica. Los obispos españoles enseñan que «su punto de referencia es la teología» (*Documento 11.VII.1979*, n. 77). No obstante, dada la situación cultural de nuestro tiempo y el estado generalizado de descristianización de la sociedad actual, admitida la distinción, es claro que esos tres ámbitos en la exposición de la fe no deben separarse, pues cada día aumenta el número de alumnos que requieren ser evangelizados —no tienen noticia de Jesucristo ni de su obra salvadora—, y otros muchos están necesitados de experimentar y vivir la religión a nivel catequético. Por ello, la «enseñanza escolar» asumirá de la «evangelización» y de la «catequesis» los elementos que precise según la condición y situación religiosa de los alumnos (cfr. *ibid.* nn. 66-70).

### 2. *Exposición científica de la fe*

Ante el laicismo actual —sobre todo la corriente que toma una actitud más beligerante contra el catolicismo—, se impone una exposición científica y razonada del fenómeno religioso y más en concreto del cristianismo, de forma que los alumnos adquieran un conocimiento profundo y razonado de la fe («*fides non cogitata non est fides*»). Con ello, además de disponerles para superar los embates de esa cultura laica, se les prepara para «dar razón de su esperanza» (*I Ped 3,15*) en esta sociedad que se caracteriza por una gran ignorancia religiosa. La preparación intelectual de los alumnos, —como se ha dicho más arriba— no sólo debe proponerse como objetivo proteger su fe personal, sino que ha de aspirar a que sean los referentes cristianos ante una sociedad pagana o descristianizada. El futuro del cristianismo está en buena parte en manos de

aquellos ciudadanos que, conocedores de las verdades cristianas, sepan explicarlas y adaptarlas a la vida social. Éste es el papel de los laicos en esta etapa de la «nueva evangelización»: exponer, propagar y defender la novedad del Evangelio, tal como lo llevaron a cabo los primeros cristianos en el mundo pagano.

### 3. *Fundamentación racional y bíblica*

Esta exposición doctrinal de la fe ha de ser racionalmente fundada; es decir —tal como se expone en el *Apartado* siguiente— debe ir acompañada de una justificación nocional, pues la cultura laica, como hemos dicho, no sólo es beligerante, sino que propone una ideología y unos valores éticos ajenos al Evangelio. Esa exposición argumentada de la religión, al mismo tiempo que fortalece la fe personal, proporcionará a los alumnos el arma adecuada para exponer y defender la verdad del cristianismo.

Pero, ni la exposición científica de la enseñanza escolar de la Religión ni siquiera la dimensión apologética se oponen al carácter bíblico con que ha de exponerse. Consecuentemente, siempre que haya textos explícitos en la Biblia, deben aportarse, pues, frente a la acusación de «racionalismo» que pesa sobre algunas tendencias de la teología católica, no cabe olvidar que la «fuente principal» de la Teología —y por ello también de la Religión escolar— es la Sagrada Escritura.

La fundamentación bíblica de la Religión tiene múltiples aplicaciones. Por ejemplo, algunas verdades, que no resulta fácil justificar racionalmente, se deben aceptar porque así se contienen en la Escritura. Piénsese, por ejemplo, en el misterio de la Santísima Trinidad, en la divinidad de Jesucristo, en la indisolubilidad del matrimonio o, en el campo de la moral, la obligación de amar al enemigo, etc. Luego sí, después de exponer la doctrina bíblica, la razón entra en juego para exponer el sentido de tal verdad, su racionalidad, etc. En una palabra, se trata de subrayar el carácter razonable de la fe y la necesidad de aceptar el misterio.

### 4. *Necesidad de una «nueva apologética»*

Frente a la increencia, como dato sociológico de nuestra cultura, la exposición de las verdades cristianas demanda una apologética de la fe. Es evidente que un sector de la cultura actual niega no pocas verdades que, en época aún reciente, se admitían como incuestionables. Algunas certezas cristianas son hoy



contestadas o puestas en duda. Por ello es normal que los alumnos cuestionen ciertos dogmas de la fe católica que hasta fechas recientes nadie se atrevía a impugnar. Esto ocurre tanto en el campo del dogma como de la moral.

Lo más grave es que esas verdades no son cuestionadas sólo por los tradicionales «enemigos» de la Iglesia, sino que pueden serlo por algún profesor o especialista, por sus familiares y aún por los compañeros de aula. Además, no pocos aspectos de la concepción cristiana de la existencia son ridiculizadas por los medios de comunicación social.

Esta situación demanda que la exposición de la fe ha de ir acompañada de una nueva apologética. Esta defensa de la religión debe distinguirse de la apologética tradicional que hacía un uso abusivo de la razón, en ocasiones aportaba argumentos insuficientes, ridiculizaba al adversario, etc. La «nueva apologética» tiene que ser *más humilde*. Debe, efectivamente, «probar», pero muchas veces se limitará a «mostrar» que tal verdad es «razonable», que tiene coherencia interna y se justifica por otras verdades, etc. Esta apologética *más humilde* tiene además otra ventaja: será mejor aceptada por los alumnos, pues, es sabido, que en la edad escolar, el adolescente se sitúa casi siempre en la «oposición». Por lo que la apologética tradicional con estos alumnos no tendría mucho éxito.

En consecuencia, la «nueva apologética» —tal como hoy se la denomina— más que *defender* debe *justificar*, o sea, tiene que «dar razón» y «fundamentar» lo que se cree. Para ello ha de cubrir este triple flanco: a) incluye una exposición más rigurosa, científica y sistemática de la fe; b) exige la formulación clara de los argumentos que la justifican; c) debe ofrecer los datos reales que la avalan. Y, dado que los alumnos no valoran suficientemente el discurso racional y que grandes sectores de la cultura actual se mueven más por datos estadísticos que por razonamientos («no existe una razón canónica», dice la cultura posmoderna), siempre que sea posible, se debe ofrecer a los alumnos los *datos* que garantizan las verdades que se exponen. Los ejemplos podrían multiplicarse: así, la acusación de que el mundo actual ha superado la religión, se debe refutar con datos estadísticos que muestran el nuevo resurgir de las creencias religiosas; la maldad intrínseca del aborto se puede constatar con los datos que aporta la genética, agravado por el número de abortos que se lleva a cabo cuando se legaliza; la injusticia social del mundo queda patente ante las cifras de la geografía del hambre y del reparto de la renta mundial, tan injusto como desigual entre las naciones ricas y los pueblos pobres, pues así lo garantizan los Informes del Banco Mundial y de Naciones Unidas, etc. En una palabra, junto al *argumento racional* debe ir el *dato estadístico* que prueba la verdad de lo que se arguye.

El alumno ha de estar seguro de que los contenidos religiosos no se fundamentan en el simple sentimiento, menos aún que derivan de una cierta tradición cultural ya superada, sino que hay razones objetivas para creer. Debe estar convencido de que el cristianismo es un hecho histórico, y que sobran datos de la historia para justificar las verdades específicamente cristianas: el hecho histórico de Jesús de Nazaret, su vida, su muerte y resurrección, etc. Lo mismo cabría afirmar de la existencia de Dios, sobre la cual hay certezas racionales que la justifican; la naturaleza específica de la Iglesia y su origen en Cristo, la altura ética del mensaje moral cristiano, etc.

### 5. *Exposición sistemática y cristocéntrica de la fe*

Los diversos Documentos del Magisterio demandan que la enseñanza religiosa escolar debe ser «sistemática» y no parcial, sino «completa»; es decir, que, partiendo de núcleos fundamentales, se debe exponer de modo armónico el conjunto de las verdades de la fe. De este modo se aúnan la «sistematicidad» y la exposición «íntegra» de las verdades cristianas.

Estas dos características, de ordinario, se alcanzan cuando se sigue los libros de texto, oficialmente aprobados, los cuales a su vez deben reproducir la programación oficial. Pero la labor del profesor en este campo es decisiva. Primero, para evitar la impresión generalizada que tiene el alumno de que año tras año se repiten los mismos temas. Para ello, el profesor debe poner de relieve lo novedoso de cada capítulo. Segundo, a lo largo del curso ha de saber subrayar la «esencia del cristianismo» en el desarrollo de cada una de las verdades. De este modo, se destaca el carácter «significativo» de los diversos temas, que tanto subraya la LOGSE.

Es sabido que la exposición de la fe católica admite diversos modos de sistematizar el conjunto de las verdades cristianas. La nueva programación de la LOGSE propone sólo unas líneas generales. Por ello, los nuevos libros de texto procuran una sistematización más de acuerdo con su línea editorial. En consecuencia, tanto el centro como el profesor deben implicarse en la elección del libro de texto adecuado.

Pero la sistematización interna de cualquier disciplina —que es imprescindible para la formación intelectual— supone siempre, entre otros supuestos, el enunciado expreso de las verdades fundamentales que la integran y, al mismo tiempo, la unidad de esa ciencia. Por ello, en todos los cursos, más aún en cada clase, se debe tener presente la unidad del hecho cristiano. Ya Tomás de Aquino afirmó que la «teología es átoma», pues no tiene partes (*Sum Teol I*, q. 1, aa. 3-4). No es posible implicar al alumno en la grandeza del cristianismo si no descubre la unidad de su mensaje salvador.

Es evidente que esa sistematización debe ser cristológica o cristocéntrica: Cristo es el centro de la fe; es Él quien fundó y está presente en la Iglesia y actúa por los Sacramentos; la referencia antropológica a la dignidad del hombre es la Persona de Jesús; la vida moral consiste en seguirle e imitar su vida; la existencia futura será un encuentro personal con Él, etc.

## 6. *Formulación de verdades y memorización*

Una segunda condición requerida para la exposición sistemática de una disciplina es la *formulación clara* de las verdades fundamentales que la integran. Por ello, respecto a la enseñanza de la religión, se requiere que los alumnos sepan articular con facilidad el conjunto de las realidades que constituyen su fe; es decir, es preciso que conozcan con claridad las verdades que se formulan en el *Credo*. Pero, al mismo tiempo, parece muy conveniente que *memoricen* lo que constituye el núcleo de la fe que profesan.

Es un dato denunciado que, frente a la exagerada memorización de otras épocas, se ha venido a parar al descuido —cuando no al desprecio— del papel que la memoria desempeña en el aprendizaje. Esta situación, que ya es considerada como un mal en otros ámbitos del saber humano, es una de las causas de la incultura cristiana de nuestro tiempo, pues, hasta época reciente, generaciones enteras vivieron de fórmulas aprendidas a las que se recurría en momentos en los que era preciso recordar las verdades cristianas (¡se sabía de memoria el Astete o el Ripalda!). Por ello el recurso a la memoria se hace de nuevo perentorio. Juan Pablo II lo encomia, referido a la catequesis, en los siguientes términos: «Una cierta memorización de las palabras de Jesús, de pasajes bíblicos importantes, de los Diez Mandamientos, de fórmulas de profesión de fe, de algunas oraciones esenciales, de nociones clave de la doctrina... es una verdadera necesidad. La fe y la piedad no brotan en los espacios desérticos de una catequesis sin memoria» (*Cat. trad.*, 55). Con este fin, el profesor puede usar inteligentemente los nuevos «Catecismos», complementarios de los libros de texto, *Resumen de la fe de la Iglesia* para la Primaria y *La fe cristiana* para ESO y Bachillerato.

## 7. *Unión intrínseca e inseparable entre fe y moral*

Es preciso dejar claro que la vida cristiana exige por igual la fe en unas creencias y la praxis de un tipo de comportamiento de acuerdo con ellas. Es decir, se debe subrayar la íntima relación entre fe y moral. Es un dato constatado que cada día se pretende separar esas dos dimensiones de la existencia cris-

tiana. La Encíclica «Veritatis splendor» denuncia que uno de los males de nuestro tiempo es «la opinión que pone en duda el nexo intrínseco e indivisible entre fe y moral, como si sólo en relación con la fe se deban decidir la pertenencia a la Iglesia y su unidad interna, mientras que se podría tolerar en el ámbito moral un pluralismo de opiniones y de comportamientos, dejados al juicio de la conciencia subjetiva individual o a la diversidad de condiciones sociales y culturales» (VS, 4). Esta sentencia ampliamente compartida es denunciada por la Conferencia Episcopal Española y recientemente es también delatada en un importante Documento de la Conferencia Episcopal de Francia.

### 8. *Diálogo fe-cultura. Inculcación de la fe*

En todo caso es necesario interrelacionar el binomio «fe y cultura». Las continuas llamadas de los Papas y de los Obispos a este tema no hacen más que resaltar una realidad irrenunciable: la íntima relación existente entre creencia religiosa y cultura humana. Por ello, como enseñó Pablo VI, «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo» (*Evangelium nuntiandi*, 20). Para superar este lamentable estado, el profesor de Religión, si al mismo tiempo explica otra disciplina académica, debe estar siempre atento a hacer alusiones a esos saberes profanos. Asimismo ha de estar al tanto del desarrollo de las otras áreas del curso académico (Filosofía, Ciencias de la Naturaleza, Geografía e Historia, Arte, Lengua y Literatura, etc.). Y, en diálogo con los demás profesores, puede demandar de ellos que en sus respectivas materias presten atención a los temas que él explica en el aula. Otra ayuda valiosa puede ser el desarrollo de las «Actividades» que se recogen en la *Propuesta Didáctica* o Libro del Profesor. Pero esto no es suficiente: se impone un diálogo con las otras áreas del curso y con los demás profesores del centro escolar.

Propiamente no es de este apartado, pero cabe enunciarlo aquí. Es preciso abrir pistas para integrar de modo científico y pedagógico los medios audiovisuales en el aula. Las razones son varias. Señalamos sólo dos. Primera, porque en la preadolescencia e incluso en la adolescencia, el alumno/a se mueve, ciertamente, por razones, pero le convence más lo emocional. Ahora bien, el empleo de medios audiovisuales, especialmente alguna película o reportaje, les plantea cuestiones que racionalmente no tienen para ellos tanta carga de convicción. Segunda, porque no en vano nuestro tiempo se caracteriza como «cultura de la imagen», y, sin renunciar al libro, los jóvenes actuales tienen mucha más capacidad de captar el mensaje transmitido por imágenes que por conceptos. En este campo se han hecho sólo ensayos; todavía estamos lejos de haber sacado al audiovisual toda la fuerza educadora que contiene.

No obstante, también se ha de evitar la creencia de que en los medios audiovisuales —también con el ordenador— existe la panacea de la educación. En este sentido se constata que, cuando se confía sólo en estos medios, hay más entusiasmo que realidades alcanzadas. Se trata de «medios» en sí valiosos, representan un ayuda, pero no invalidan ni siquiera disminuyen la importancia decisiva del libro, el esfuerzo del alumno, la participación activa en la clase y menos aún la relación personal de maestro-discípulo. En cualquier caso, el valor no está en el uso de esos medios, cuanto en «usarlos bien».

### 9. *La enseñanza oral en el aula*

Sin negar el carácter académico de la asignatura de Religión, en ninguna disciplina como ésta se ha de procurar que la enseñanza en el aula se lleve a cabo dentro de un clima de amistad y de diálogo. Se ha de estimular al alumno a que adquiera la certeza de que el estudio de la religión es imprescindible para dar sentido pleno a su vida. Por ello —siempre dentro del rigor académico, con el respeto debido a la libertad personal y sin caer en un estilo catequístico— se ha de valorar positivamente la importancia de la práctica religiosa. De poco serviría el rigor académico y que el alumno obtuviese una buena calificación escolar, si esos conocimientos no tienen influencia en su vida. En consecuencia, el profesor de Religión ha de subordinar la enseñanza y aun la evaluación a que el alumno valore la práctica religiosa. Aquí se debe tender un puente entre el profesor y el capellán del colegio, o sea entre la formación doctrinal y la vida de piedad. Y si, como profesan no pocos pedagogos, el vehículo de la educación es el amor, éste se ha de destacar de manera especial en la enseñanza de la Religión. El exponente ideal de la clase de Religión debería ser un ambiente de amistad en el que se disfruta de la grandeza de la fe cristiana. A ello ayudará no poco exponer los contenidos de la fe de un modo positivo, sin caer en un pesimismo anatematizador, atento sólo a los errores —aunque aún hoy sean tan frecuentes— en la exposición del cristianismo.

### 10. *Dimensión social y política de la fe*

Finalmente —y no por figurar en décimo lugar es lo último—, se ha de subrayar en todo momento la dimensión social de la religión. Es decir, el alumno ha de tener claro en todo momento que la vida cristiana —que ocupa un lugar tan personal e íntimo en la existencia de cada individuo— no por ello finaliza en un individualismo, sino que tiene exigencias sociales y políticas. En

efecto, dado que el hombre es «social por naturaleza», la religión debe iluminar las condiciones sociales en las que se desenvuelve la vida de cada persona. En el ámbito de la vida moral tiene cabal cumplimiento el principio del Concilio Vaticano II: «Hay que superar la ética individualista» (GS, 30).

Con este fin, para que esta cualidad social, inherente a la fe, tome cuerpo en el ámbito del centro educativo, sería conveniente que se coordinasen entre Capellanía y el Aula algunas actividades sociales, en la línea en que hoy se organizan las ONG, de acuerdo con las distintas edades e intereses particulares de los alumnos. Hoy es imprescindible en la formación religiosa de la juventud alentar el compromiso en la reforma de la convivencia social.

## V. LA APLICACIÓN DE LA REFORMA EDUCATIVA DE LA LOGSE

Según la LOGSE, nos encontramos ante una nueva concepción educativa en la que no sirve una formación puramente memorística. Sin entrar en los logros y parcialidades de esta nueva Ley de la Enseñanza, cabe aprovechar las ventajas que ofrece para la asignatura de Religión. La aplicación de la LOGSE puede significar una nueva etapa que supere la enseñanza más o menos rutinaria y memorística de la Religión, liberada de las deficiencias que consignábamos en el *Apartado I*. En concreto, entre las muchas novedades que encierra la reforma educativa que regula la LOGSE, para nuestro intento, cabe subrayar las tres siguientes:

### 1. *Libertad de los centros*

La libertad de que gozan los diversos centros educativos y cada profesor en el aula debe aprovecharse para adaptar los programas a la situación concreta de los alumnos. Esta libertad servirá de aliento y fomentará la capacidad creativa del profesor en la exposición de la fe. Aquí tiene plena validez el adagio, «cada maestrillo tiene su librillo». En efecto, según el espíritu de la LOGSE, el profesor en el aula goza de gran libertad para adaptar el libro de texto e idear diversas «actividades» según lo demanden las necesidades de sus alumnos.

### 2. *Interdisciplinarietà*

Las orientaciones pedagógicas de la LOGSE fomentan el trabajo interdisciplinar. Esta es una situación privilegiada para que la enseñanza religiosa no

se presente como aislada de los demás saberes. Más aún, la asignatura de Religión debe presentarse como la coronación de la finalidad de la Escuela: dar respuesta a todos los interrogantes que se hace el alumno sobre el sentido último de la vida humana. Mientras las demás áreas responden a preguntas inmediatas acerca del valor del cosmos y del hombre, sólo la religión da respuesta a preguntas últimas. De este modo, el profesor de Religión adquiere su estatuto propio en el ámbito del cuerpo académico del centro educativo. Como es lógico, esto exige que el profesor de Religión esté capacitado profesionalmente como los demás titulares. Este puesto privilegiado de la Religión frente a otros saberes es una razón más que demanda un diálogo con las otras disciplinas. Es aquí donde tiene su justificación última el diálogo fe-cultura. Para llevarlo a cabo, el profesor de Religión, tal como se consigna en el n. 8, ha de reclamar la ayuda de los profesores de las otras áreas.

### 3. *Oferta de «valores»*

A partir de la distinción que la LOGSE introduce entre «conocimientos», «procedimientos» y «valores», la Religión puede prestar a las demás áreas de la enseñanza no pocos servicios. Con este fin, conviene que el Departamento de Religión establezca puentes de diálogo con los otros Departamentos, dado que, al menos los «valores» hacen relación cuando menos a la naturaleza del hombre, si no a los mismos imperativos éticos del Evangelio. En todo caso, la religión es el garante supremo de la dignidad de la persona humana, pues el hombre ha sido creado por Dios y como tal fue hecho «a su imagen y semejanza» (*Gen 1 27*). Para este proyecto humanizador y elevador del hombre, el profesor de Religión debe estimular e incluso entusiasmar a los demás profesionales de la enseñanza a que colaboren en la formación religiosa de los alumnos.

## CONCLUSIÓN

Este artículo se iniciaba aludiendo a las dificultades que encierra hoy la exposición escolar de la asignatura de Religión. Esas dificultades son reales, pero no pueden frenar la obtención de los altos objetivos que se persiguen, pues los bienes a conseguir superan a los obstáculos que es preciso vencer. En efecto, dado que la sociedad y un buen sector de la cultura actual no facilitan el acceso a los valores religiosos y que no pocas familias abdican de la obligación de transmitir a su hijos la fe, resulta que para la generalidad de alumnos —91,12% en Primaria, 85,75% en la Secundaria han solicitado voluntariamente para el



curso 1997/98 la asignatura de Religión—, la escuela está destinada a ser el lugar privilegiado y para muchos el único ámbito donde las actuales generaciones adquieran un conocimiento de las verdades cristianas.

Es cierto que la formación religiosa que se logra en los alumnos no siempre es satisfactoria y que no pocos, ante las interpretaciones paganas de nuestro tiempo, sufrirán profundas crisis en sus creencias. Pero no es menos cierto que cuantos reciban una formación cristiana y hayan tenido alguna experiencia de la vida de fe, aun en el caso de que la abandonen, tienen la posibilidad de recuperarla, porque tanto las *ideas* como la *experiencia* mantienen raíces vitales profundas en el hombre. Por el contrario, nadie puede predecir lo que serán las nuevas generaciones que no hayan tenido ni un conocimiento de la religión ni hayan experimentado la vida religiosa. Pues bien, en esta apasionante tarea los profesores de Religión juegan un papel decisivo para el futuro de no pocos hombres y mujeres que engrosarán las generaciones futuras en el nuevo Milenio al que se abre el cristianismo.

Aurelio Fernández  
MADRID